

¡ESE O, BABA!

Geobany, Valle Rojas

Índice

	Página
Prólogo.....	3
Mo Juba Oluwa Mo Juba Eggún.....	4
Mo Ku Iba.....	7
Ni Ojo Kan, Omodé Kan.....	8
Mo Ri Ara Birin Ayodele Lano.....	10
Ígb á otútú.....	14
Iberu Olorun ni Iberu Eggún.....	17
Oluwa Sanu.....	20
Baba wa timbe Lorun.....	22
Glosario.....	25

Prólogo

En “Ese O, Baba” se presentan diferentes historias que narran la experiencia vivida por un espiritista que desde los cinco años de edad ve espíritus, según lo recuerda. Nacido en medio de un ambiente donde se practica la santería, una religión cubana de origen africano en la que se adoran los orishas y se practican importantes ceremonias mágico-religiosas; vinculada con el espiritismo, doctrina religiosa que tuvo su origen en Francia y que tiene como principal exponente a Allan Kardec, donde se sostiene la posibilidad de entablar comunicación con el espíritu de un muerto a través de un médium o un vidente.

Esta obra es un espejo que revela la implicación de este vidente con la experiencia vivida a partir de sus reiteradas visiones de espíritus, donde se expresan ideas sustanciales que tienen estrecha relación con las prácticas religiosas, algo menos difundido en otras creaciones literarias que abordan o se acercan al tema en cuestión.

Aquí se revelan datos interesantes sobre estas creencias populares del pueblo cubano, donde el espiritismo siempre ha sido una de las religiones más populares y casi siempre presente en el resto de las religiones cubanas de origen africano, como la Regla de Palo Monte, la Regla de Osha o la Sociedad Abakuá, en lo que se ha denominado espiritismo cruzado.

Se acude a lo fantástico, lo inverosímil, lo sentimental, lo místico, pero sin alejarse de la realidad, para buscar respuestas que evacuen todo escepticismo posible.

Estos relatos son una muestra de fe, de creencia religiosa y de la espiritualidad propiamente dicha, teniendo como esencia la búsqueda de la verdad o de lo cierto en medio de un campo inexplicable para muchos o increíbles para otros como lo es el espiritismo.

Nota del Autor

Mo Juba Oluwa Mo Juba Eggún

La noche se asienta al fin taciturna y disoluta. Quedo íngrimo en la habitación, donde una tenue lumbre impedía el gobierno de la completa oscuridad. Me recreo observando mi serie televisiva predilecta, abrigado por una colcha azul que me acomoda en el sillón, sin romper la usanza. De repente, no tengo que continuar persiguiendo con la vista los subtítulos televisivos. Entonces me acerco para escudriñar la programación en busca de algo interesante.

Empero, la búsqueda resulta inútil.

A pesar del deplorable resultado, algo me detuvo inmóvil. La noche había estado serena. Solo que algo irrumpe con esa modesta tranquilidad en la sala donde estoy. Ya el sillón no me acompaña, en su lugar he elegido una butaca. Me aferro a contemplar las imágenes televisivas, cuando percibía otra presencia hasta el momento insólita. Un helado y fragmentado viento fue recibido, mientras a mis espaldas se acercaba una mano avejentada y descuidada, de dedos largos y delgados. Reacciono, y todo presentimiento resulta efímero.

No sé por qué, continúo donde mismo. Convencido de una vez de que la programación se torna desinteresada, desmotivante. Y vuelvo a sentir nuevamente a aquel escalofriante viento, que impertérrito me acercaba aquella mano anhélita por el contacto carnal, sin antes consultármelo. El viento chifla en mis oídos; intercambiando un mensaje que no logro decodificar.

Aquella mano escueta persigue su afán, haciéndose sentir como si faltara el resto del cuerpo, e incluso sin definir un sexo. Busca tocarme, y mi hombro derecho se presenta como el puerto oportuno para que un buque desembarque.

Me sacudo, miro hacia los alrededores, y no logro ver nada. Entonces me dejo asaltar por el temor.

Abandono la sala por un instante. Salgo a la calle aislada y desolada, sobre la que se eleva un bruno cielo -quizá nebuloso; ante la ausencia de las alhajas que otrora engalanaron a *Selene*. Una rauda micción me deja alivio en el cuerpo; consuelo ante la resistencia que muestro para no atisbar hacia el patio pérfido que emulaba a la residencia de *Urano*, el cónyuge de *Gea*, la gran Madre Tierra griega; o a lo que entre los antiguos yoruba nombraron “*orun*” . Eso lo sé porque he descubierto que la frase “*Olópa Orun*” al traducirse al español significa “Policía del Cielo”.

Miro hacia arriba, y me pongo a pensar en la existencia de policías en el cielo, controlando a los delincuentes que junto al buen hombre ha de morar en ese recinto, pues siempre he conservado una postura incrédula ante la posibilidad de la existencia del edén y del tártaro. En mi concepción idealista solo existe el “*Aiyé*”, que es el mundo de los vivos; y el “*Orún*”, que es el lugar para los difuntos.

Harto de divagar, regreso al pensamiento de los oficiales obrando para hacer frente a la delincuencia, y supongo que el rol de delincuente esta vez es asumido por los “eggún” que aún no han recibido Luz, a los que nosotros llamamos “muertos oscuros”; que quieren venir a la Tierra para hacer daño, y los olópa orún trabajan para evitar que se salgan con la suya, advirtiendo a los “babalawos” o a los “babalochas” o a algún seguidor de las prácticas de *Allan Kardec*.

La micción concluye, y los pensamientos le siguen. Hallo el alivio, y todo me conduce a volver hacia dentro de la casa; donde me encierro tras verificar que es segura la entrada evitable de algún obstinado sujeto.

Pero, como he de respetar la cronología de los hechos, debo confesar que en el momento en que me disponía para albergarme en la vivienda, un felino como el ébano flexible célere se cruzó entre mis pies, para internarse en el oscuro patio que lo oculta. Yo, que no creo mucho en las supersticiones al considerar que solo originan subdesarrollo, me dejó intimidar un poco con eso de que los gatos negros traen mala suerte. Mas, prefiero conciliarme con la tranquilidad, al recordar que aquel animal me resultaba familiar.

Así, de regreso en la sala penumbrosa decidí apagar el televisor. Recogí mi colcha azul, y me dirigí hacia mi recámara, sin querer mirar hacia el espejo. Es algo irónico. A mi "iyá", *Oshún Yeyé Cari*, le fascina contemplar su divina beldad en el espejo, objeto que también se le atribuye. Dicen que pasa horas y horas sentada en la ribera de su "ilé", el río, peinando su profusa cabellera tan negra como la misma noche, mientras se contempla en el espejo; donde se reafirma a sí misma, porque ella sabe que de las bellas, es la más bella. Si la mujer también pudiera ser narcisista, esta *Afroditá* mestiza lo sería.

Sin embargo, no soy de los que se mira muy a menudo en el espejo, aunque, lo confieso, es algo que me gusta.

Quizá se debe a la percepción de que el espejo constituye una ventana entre el aiyé y el orún, el más acá y el más allá. Por eso es que ignoro la presencia del que está colgado en una pared, cerca de la cual astricto debo pasar para acceder a mi cuarto. Es que no quiero ver allí lo que no deseo encontrar.

El reloj me revela el horario cuando le pregunto con la mirada. Son las doce menos cuarto. Casi de medianoche. Por el temor que me inspira esa hora me apresuro en organizar mi cama. Siempre he creído que durante la medianoche, entre las doce y las tres de la mañana, transcurre el horario perfecto para que los eggún aparezcan, ya sea en sueño o despierto el vidente, aunque se anuncien o se hagan sentir.

Esta vez el universo parece aferrado a retrasarme. La piel henchida y trepidante se manifiesta advirtiendo una posible posesión; a lo que me rehúso por ignorar las consecuencias de la misma. Ya casi estoy al apagar la luz, cuando mi olfato no me traiciona. Huelo. Entonces acude a mí la reminiscencia del Taita, el espíritu de un *santero* familiar, que en una consulta me confirmó que el hedor desapacible que en ocasiones sentía por mi alrededor correspondía a la de un ser de origen *lucumí* que funge como protector, y al cual alguna vez podría servirle de "caballo".

Apago la luz, pero el fétido del eggún, indescriptible para deletrearlo, aún persiste.

Me apresuro en acostarme, donde las sábanas y la colcha azul me cubren con el ansia de ocultarme de lo que se quiere revelar. Pienso en el ser de origen *lucumí* y su pestilencia; pienso en Tá Sé, el espíritu del anciano que en otras ocasiones he "bajado" para consultas y despojos; ato cabos; y recuerdo la última vez que Tá Sé bajó a la tierra, cuando aquello acabó como la fiesta del guatabo, por la bajada de un eggún oscuro, al que los presentes por desconocimiento no supieron cómo retirar de la manera correspondiente. Pienso que Tá Sé pretende dar un cierre esta vez, dejar algunas indicaciones, la orientación de los "ebbó" necesarios...

Pero, lo neutralizo sosteniendo que no es el momento congruente. Cierro los ojos anhelando la captura del sueño; invoco a Dios:

*Padre nuestro, que estás en el cielo,
Santificado sea tu Nombre.
Venga a nosotros tu reino.
Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo.
Dadnos hoy nuestro pan de cada día.
Perdona nuestras ofensas,
como nosotros también perdonamos a quienes nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación y líbranos de todo mal. Amén.*

“Líbranos, Señor, de todo mal, de toda perturbación, de todo espíritu malévolo que busque dañarnos. Y concédenos, Señor, de tu gracia bendita, un sueño apacible, relajado, nítido, con la dulcedumbre necesaria para mañana realizar con devoción lo que me encomiendes”.

Dios escucha mi plegaria, y sabe cómo complacerme.

Mo Ku Iba

La mañana siguiente la recibo con más calma. Mentiría al decir que he tenido una noche perfecta, pero al menos pude descansar. Lo primero que realizo al despertar es escribir un poco. Estoy de vacaciones, y aprovecho para dedicarle tiempo a una de mis mayores pasiones, donde me dedico a asumir por unos instantes el rol de un *B. Caignet*. Una vez satisfecho, la cama me expulsa, y ya levantado acudo a asearme.

Otra vez vuelvo a detenerme frente a mi modesto y humilde altar, consagrado a mis principales “orishas”, aunque en él no estén todos los que deben estar. Es miércoles, el día de *Babalú Ayé*, el Padre del mundo; a quien equiparamos con *San Lázaro*. Pero no con el Lázaro canonizado por la Iglesia Católica, apostólica y romana; sino el Lázaro mendigo y paupérrimo, representado como un anciano que se apoya en dos muletas, con las piernas llenas de llagas y acompañado por los perros, que se venera con gran popularidad y se le reconoce como el patrón de las epidemias y enfermedades; ese de quien se habla en la Biblia que fue hermano de *Martha* y *María de Betania*, ambas santificadas; y resucitado por *Jesucristo*.

Arrodillado frente a mi *Elegguá*, el guardián del camino, niño orisha designado por el propio *Olofin* como la primera deidad en todo y para todo, por el hecho de ser el principio y el fin; tomo uno de sus tabacos colocados ante él, lo enciendo y eximo relajado varias bocanadas de humo. Permito que el humo se comuniqué con el santo africano, como la sábana que cubre al bebé desprotegido para brindarle calor y protección, porque el tabaco tiene ashé. Luego me alzo un poco y llego a soplar algo de humo a mis tres vírgenes veneradas en mi sencillo altar: la *Virgen de la Caridad*, la *Virgen de Regla* y la *Virgen de las Mercedes*; equiparadas estas en el panteón yoruba, respectivamente, con *Oshún*, *Yemayá* y *Obatalá*.

Mi atención la centro nuevamente en mi *Elegguá*, a quien dedico un rezo, cuya letra pretendo grabar en mi mente, en mi piel, como se aprende el Padre Nuestro o el Ave María en el catecismo:

“Elegguá laroye asu comaché ichá fofá guara omi tuto, ana tuto, tú tu babami cosi ikú, cosi ano, cosi ofó, arayé, cosi achelú, cosi éun afontó molei delo omodei”.

Al Señor del destino le ruego para que me libre de lo malo, alejándome de las enfermedades, de la tragedia, de las revoluciones, de la muerte; para que me convierta en un usuario beneficiario de su protección, al igual que a los míos: a mi familia, a mis amistades.

Con *Elegbara* se debe contar siempre para todo; pues él abre y cierra los caminos a su antojo. Por eso, cada vez que abandono un lugar me digo: “*Elegguá*, usted delante y yo detrás”. Entonces yo lo sigo, porque él va ahí: abriéndome los caminos, librándome de cualquier óbice que se interponga. Y a mis enemigos o amistades falsas, se los dejo a él, que tanto le gusta jugar bromas pesadas, la lipidia y la travesura, que lo mismo construye un imperio o desbarata un castillo como si se tratase de un juego de naipes. Porque mi *Elegguá* es muy poderoso. A él lo atiendo los lunes, que es su día; pero, cada vez que puedo, enciendo su tabaco, porque si él simboliza el inicio y el final, todos han de ser sus días también, aunque no lo sea así sustantivamente.

Ni Ojo Kan, Omodé Kan

Esta vez me remonto a mi puericia. Tengo unos nueve años, que es la edad cuando empecé a ver con mayor frecuencia a los eggún. ¡Qué casualidad! Son nueve oruns, el nueve es el número cabalístico de Oyá, la reina del cementerio, “iyá mesan orun”, la orisha más ligada al proceso de la muerte, cuyo séquito está conformado por un ejército de “eggúnes”; el señor y rey de los muertos y su mundo es *Orun*, cuyo número mágico también coincide con el de la “ayaba” antes mencionada; e igual sucede con *Obbá*, otra de las orishas muerteras; nací un día 27, donde al sumar 2+7 el resultado es 9, precisamente en el mes de septiembre, que coincide con el número 9 al contar los meses, en el año 91, y 9 por 1 es igual a 9; y desde los nueve años comenzó a desarrollarse mi vista para ver espíritus, y un poco más allá.

Para ese entonces vivía con mi madre biológica, en una casita de un solo cuarto. En la cama grande dormía ella junto a su marido y su hija menor, mi media hermana; y en una camita colocada al lado me recostaban.

Me despierto en la madrugada. No sé exactamente qué hora es. Algo me obliga a dirigir mi vista hacia la puerta del cuarto, por donde veo entrar a una fémina de piel blanca, atractivo semblante, cabello negro cayendo sobre su espalda. Es joven, como de unos treinta años quizás; está vestida de blanco; y algo que no logro ver es a sus pies caminando sobre el suelo. A mí se me parece a una modelo cuya faz promovía la marca del jabón Lux, y entonces la veo sensual.

Como a la otra mujer que ya he visto antes, no le tengo miedo. Al inicio pienso que es la misma, pero luego reconozco mi equivocación. Aquella era parda y ya entrada en la senectud. Esta joven desconocida también me inspira calma, confianza. Mi vista la persigue, hasta que la veo desvanecerse a la entrada del baño. Ella solo había sido el preámbulo de lo que vería después.

La casa estaba nocturna. Empero, con la presentación de aquella mujer, esa condición no me vedó de la oportunidad de avizorarla físicamente. Su irradiante y a la vez serena lumbre me permite verla tal y como es, al extremo de que sería capaz de realizar un retrato hablado de su persona.

Con su partida, la oscuridad volvió a asentarse como soberana exclusiva. Sé que había sido un espíritu lo anteriormente manifestado, como igual reconocí al que se me presentaría in continenti.

Retorno el atisbo hacia la misma entrada del cuarto, donde veo detenido algo que la negrura no me permite distinguir muy bien. Estaba confuso al inicio. Mas, cuando algo se quiere ver, se deja ver...

Pronto me percato de que se trata de un hombre esta vez, por su aspecto físico. Es alto; y aunque no lo percibo muy bien, sé que es fuerte, como un hotentote, y no es tan viejo. Eso sí, es muy serio. No es exactamente un muerto oscuro, pero al venir sin Luz no lo puedo ver. No sé quién es, y eso me asusta.

Comienza a moverse siguiendo una dirección que lo acerca hacia mí. El temor me aprehende por cada paso en el aire que da. Lo veo tambalearse. Es que no está muy fuerte. Le falta Luz. Se acerca. Va buscándome. Una película de *Spielberg* que vi después, al cabo de unos meses, me permite parearlo con el progenitor del extraterrestre *E.T.*

Entonces un grito asustadizo que libero me deja asentado en la cama. El alarido es fuerte y alto, como para levantar a medio vecindario. Mi mamá y mi padrastro se despiertan enseguida, encienden la luz eléctrica y aquel ser se disipa en ese cuarto iluminado. Bajo la cama me colocan los zapatos en cruz y un vaso de agua. Sin embargo, me quedo asustado.

Mo Ri Ara Birin Ayodele Lano

Con frecuencia suelo pensar que estoy vesánico. Las cosas que veo, que siento, que escucho me conducen a tal consideración. Mi ánimo se comporta muy conmutativo. Como las olas del mar, que a veces están serenas, y cuando menos se lo espera irascible se aventan contra las rocas. El solo hecho de saber que por alguna razón tengo este don me controla un poco, entonces me dejo llevar por la corriente.

Ahora escucho las olas del mar. Las siento estrellarse en las rocas en su ir y venir, que es la manera que encuentra para sonreírle al mundo. Porque el mar también puede reír; y puede experimentar emociones. Es que el propio mar es la misma Yemayá, la Madre de los peces, Reina del Universo, porque “okún” dio la vida, y ese es su reino.

Ese constante ir y venir de las olas, que se mueven al compás de las sayas agitadas de la orisha soberana de la “casa de *Olokún*”, me hace viajar a mi pasado, donde tengo unos dieciséis años. Ya lo he dicho: tengo ahora 16, sin embargo; oso ser reiterativo para enfatizar en que es el número 16 el número cabalístico del Gran Creador, Obatalá, el Señor de la Paz que tanto necesitan los pueblos del mundo, mientras en aiyé continúe *Alláguna*, el “ayogun” encargado de suscitar rebeliones bélicas entre las naciones hasta que estas no se fortalezcan en la unidad.

Antes de proseguir, otro atrevimiento para realizar un paréntesis donde decir que para esa edad ya me he convertido en “caballo” para eggún y osha. Es que en eso de las posesiones fui algo prematuro. La primera vez que monté fue en un “bembé” celebrado en mi Guasimal querido donde se le cantaba en ese momento a Obatalá, el orisha creador del género humano; la canción que ulteriormente reproduciré:

*Viva la Orisa e,
Viva la Orisa e.
Que vivan to´ los santos,
y que baile la Merced.*

En el santoral católico la Virgen de las Mercedes se equipara con Obatalá, uno de los orishas cabecera del panteón yoruba, una de las *Siete Potencias Africanas*, y, amén, el santo de mi bisabuelo, heredero de las tradiciones lucumís, recientemente fallecido.

No me detendré en cómo ocurrió el proceso del trance. Eso es algo que prefiero reservar; aunque si puedo citar que fue algo místico, muy sobrenatural a lo que preferí nombrar como un verosímil, porque no podía creer dónde estaba, dónde me veía a mí mismo, lo que me estaba pasando...

Regresando a la anécdota en la cual quiero recalcar toda mi atención, es oportuno ubicarnos nuevamente en mis dieciséis años. Estudio en un pree internado, estoy en oncenno grado.

Como no le agrado mucho a *Morfeo* –ni por mucho que me guste dormir– frecuentemente me despierto en las madrugadas. La de hoy es muy oscura. No se escucha nada. Todo el albergue está bajo las redes del desagradecido *Morfeo*.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

